

## CAPITULO L

QUE MUESTRA HASTA DÓNDE PODÍAN LLEGAR Y LLEGARON EL ATREVIMIENTO  
Y LA LOCURA DE D. QUIJOTE

A cierta distancia vió D. Quijote una como iglesia que se venía acercando lentamente, en medio de una nube de polvo. Despaviló la vista y aguzó el oído, inquirendo hacia dónde podía sonar la música de Anfión que así descuajaba los edificios y los obligaba á venir tras ella. Tuvo el caballero por bien averiguado que era cosa de aventura, ó principio y elementos de una de las más famosas que pudieran sucederle; y así, montó sobre su caballo, tomó su buena lanza, salió al camino, y se estuvo á esperar que llegase aquella máquina, con ánimo de embestirla, si fuese una legión de diablos salida del infierno con casa y todo. — Muda el lobo los dientes y no las mientes, dijo Sancho al ver á su amo á punto de batalla. ¿No sea cosa que otros batanes?... Y no digo más, sino paz duradera y suceda lo que Dios quiera.» Habíase acercado el promontorio movable: la gente de juicio no vió en él ni todo el grupo, sino un lento pacífico elefante que venía cubierto con una caparazón enorme, siguiéndole sus dueños, los cuales traían además dos osos tan católicos que se dejaran matar primero que hacer perjuicio ni á una mariposa. Es una compañía de ganapanes, medio artistas, que se van por esos mundos haciendo ver en aldeas y ventas su buen elefante, á cuyo espectáculo añaden las habilidades de

los osos, maestros en *el pésamedello*, *el colorín colorado* y *las gambetas*, que los bailan como unos gerifaltes. No traen mono, por parecerles personaje de mala representación para unos como ellos, que pasándose de titiriteros habían venido á rayar en cómicos ó histriones. Los osos y el elefante no son todo; sus dueños tienen también su papel: armando un tablado sobre la marcha, representan por su parte sainetes y entremeses que ellos califican de comedias y aun de tragedias. El tuátem y primer accionista se llama tío Peluca, ó maestro Peluca, indistintamente: hombre de buen parecer por el un lado, si bien por el otro no le falta sino el ojo; razón por la que, quizá con algún fundamento, sus amigos le llaman por cariño y antonomasia el Tuerto, sin que él dé muestras de sentirse. Viene entre ellos un hombre de nueve pies de altura, con el espesor y el ancho correspondientes, cuyo objeto es hacer juego con el elefante; asturiano que pone en la sociedad su corpulencia, y tiene derecho á los gananciales por un igual con los demás socios, sino es el tío Peluca, quien, como director de la empresa, toma para sí el tercio del producto libre. Después de ese hombrón, el tercero en la jerarquía es un homúnculo, de una vara de estatura, á quien se le podía clavar en la pared con un alfiler de á cuarto. Estos dos marchantes compiten y rivalizan, cuándo en lances amatorios, cuándo en hechos de armas, cuándo en cantares de gesta, con sacudimiento y bizarría tales el braguillas, que no hay otra cosa para el villanaje que les suele servir de espectadores. Este exiguo personaje se llama Pepe Cuajo, frisa con los cincuenta años, y tiene unas barbejas que comunican suma ridiculez á su persona. Por el genio, Pepe Cuajo es el mismo diablo: gestudo, fruncido, gritón. Sus aparceros le aguantan por las utilidades que dejan su figura y su buen desempeño en el teatro, donde es cosa de morir de risa verle hacer papeles de enamorado y valiente. A este negocio concurre á las mil maravillas una moza fehuela, pero vivaracha, quien, huída de sus padres desde niña, se había criado en poder de esa gente truhanesca y vagabunda. Llámase Munchira la gentil pieza, y por

refinamiento de cariño, sus compañeros le dicen Munchirita, mientras que el grandazo de más allá es conocido con el nombre de Pedro Topo. Hombre éste de buena pasta y mejor índole, á quien se puede perjudicar, pero no ofender, porque en ello va mucho peligro. La compañía es bien surtida y hace buenos cuartos en haz y paz de nuestra santa madre Iglesia.

No se le ocultó á D. Quijote qué era lo que allí venía; mas no por eso desistió de su empeño; antes tuvo á fortuna el encontrar con enemigo tan digno de él, habiendo resuelto llamarse el Caballero del Elefante cuando le hubiese vencido, á semejanza de otros que ya tomaron los de Caballero del Cisne, del Unicornio, de la Serpiente, del Basilisco, y otros no menos famosos. — ¡Arre! Buen hombre, gritó el maestro Peluca, deje pasar la bestezuela, que es moro de paz.» D. Quijote hizo su primer embestida, sin más fruto que verse apartar suavemente por el bondadoso ó desdeñoso animal. «¡Qué diablo de ladrón es éste!, dijo el maestro Peluca, al ver que D. Quijote volvía á la carga. ¡Quieto, Chilintomo, quieto!» Volvió á separarlo con mansedumbre el generoso bruto, y seguía su acompasado, lento paso, poniendo en tierra cada minuto cuatro arrobas de pies, sin dársele un comino de las arremetidas de D. Quijote. Redobló su furia el caballero, juntó sus fuerzas, se encomendó á su señora Dulcinea del Toboso, y á espuela batida Rocinante se vino á estrellar, baja la lanza, contra la impasible mole. A las voces de su dueño: «¡Dale, Chilintomo!,» borneó la trompa Chilintomo en forma de parábola, y dió tal chincharrazo, que caballo y caballero fueron á dar sin sentido á doce pasos. Siguió adelante la comitiva mientras Sancho Panza se tiraba, dando gritos desesperados, sobre su amo. Mas vió que D. Quijote se meneaba, y aun le oyó decir en voz balbuciente:

«No me pesa la mi muerte,  
Porque yo morir tenía;  
Pésame de vos, señora,  
Que perdéis mi compañía.»

«Vuesa merced no está muerto, le gritó Sancho al oído; si á mí no me cree, aquí está Rocinante que no me dejará mentir.» Habíase, en efecto, enarmonado el pobre rocín, y se dejaba estar dolorido, pensativo, caídas las orejas, con señales de haberle llegado al alma el golpe. D. Quijote no quería estar ileso por nada de este mundo; con tal de verse malferido en buena guerra, se hubiera dejado morir sin argumento. Figurándose que la batalla había sido terrible y que estaba cosido á lanzazos, iba recorriendo en su memoria las aventuras de los mejores caballeros, según cuadraban con su situación, y decía:

«Desde allí hubieron llegado  
Van el cuerpo á desarmare:  
Quince lanzadas tenía;  
Cada cual era mortale.»

Pensaba D. Quijote que el suyo era caso de muerte, y bien por real enfervorizamiento, bien porque el delirio le pareciese convenir á su situación, mirando suavemente á su escudero, siguió diciendo:

«Ya se parte el pajecico,  
Ya se parte, ya se va.»

— No me parto ni me voy, Sr. D. Quijote: amigo viejo, tocino y vino añejo. El que me busca en la prosperidad y me niega en el infortunio ó el peligro, *abrenuncio*: firmado lo doy que ése tiene un depósito de estiércol en el pecho. Aquí estoy yo, señor: fíese de este corazón, empuñe esta mano que sabe alargarse al afligido más prontamente que al dichoso. — Como pudieras, Sancho, respondió D. Quijote, proporcionarme un bocado del bálsamo que sabes, vieras á tu señor alzarse cuan alto es, con todos sus huesos en sus coyunturas.» Sancho corrió hacia los criados con un graciosísimo portante, y como los hallase entendiendo en alforjas y maletas, les pidió un jarro de vino para salvar la vida á un cristiano. Habíanse partido los señores, sin hacer caso del caballero andante caído y molido, propasándose

el doctor Mostaza hasta el extremo de gritarle: «¡Así te quise ver, infame!» Los criados, que sin duda valían más que los amos, le dieron de buena voluntad á Sancho lo que pedía, y éste, provisto de su elixir, volvió para su señor, D. Quijote, tomando á dos manos el jarro, se lo echó al colete, de tan buena gana, que á los cuatro sorbos no dejó gota en el recipiente. Por cierto que no pudo montar á cuatro tirones, ni á ocho montara si su criado no hubiera acudido á darle impulso y vuelo. Cuando se vió á horcajadas, pensó que de un salto se había puesto sobre su buen caballo, y bizzarreándose en él, apretó las espuelas, con ánimo de hacerle dar algunos escarceos. Al verle de tan de buen año, le dijo su escudero: «Coscorrón de cañaheja duele poco y mucho suena, Sr. D. Quijote. Desigual fué la batalla, pero no tan recia como la que nos dieron los yangüeses. — No digas eso, respondió D. Quijote, sino que ahora no me han roto en la boca la ampolla del bálsamo prodigioso. Si en la batalla á que aludes hubiera yo podido aprovecharme de la bebida encantada, me vieras entonces tan entero y animoso como ahora. Monta, Sancho, y sígueme; hoy es cuando nos va á suceder aquello de que ha de resultar, para mí el ganar la corona imperial, para ti el posesionarte de tu condado. Si lo tuvieres por mejor, serás terrateniente de mis más pingües comarcas, como te obligues á hacer pleito homenaje á mi corona, y pondremos á Sanchica de menina de la emperatriz. Si el imperio que yo gane está situado en el Asia, serás el primer nabab de todo el continente; á menos que no gustares más bien de tomar mis flotas á tu cargo en la laguna Meótide ó mar de Zabache, con el título de almirante. — Sea de mi colocación lo que fuere, repuso el escudero, lo cierto es, Sr. D. Quijote, que al enfermo que es de vida, el agua le es medicina. Quien viera á vuesa merced ahora ha poco tan caído de salud, y quien le ve sobre su alfaina repartiendo coronas y haciendo almirantes, no acabara de maravillarse del vaivén de la fortuna. Vengan esas flotas y sigamos, que temo no haya lugar para todos en la venta. — Haces mal en temer eso, amigo Sancho: ora en venta, ora en castillo, á gloria

tendrán todos, grandes y pequeños, el correrse, estrecharse, apretarse y exprimirse para hacernos plaza.»

Cuando esto decían, iban ya de camino caballero y escudero, paso entre paso; ni D. Quijote estaba para espolear tan á menudo á Rocinante, ni Rocinante para salir de su genio. «¿De qué alfaina hablabas hace poco?, preguntó D. Quijote á su criado. — ¡Pesia mí!, ¿de qué alfaina? De la que monta vuesa merced, este paño de lágrimas, nuestro buen Rocinante. — ¿Y por qué le llamaste alfaina? — Porque así he oído á vuesa merced llamar á los caballos de primera clase. — ¡Quial, dijo D. Quijote; ¿soy yo de los que hablan disparates? Habráisme quizás oído decir alfana. — Vuesa merced, repuso el escudero, se detiene en una brizna y tropieza en una tilde; ¿qué va de lo uno á lo otro? — Lo que va de macho á hembra, volvió á decir D. Quijote; lo que va de Sancho á Sancha: alfana es la yegua corpulenta, briosa, superior, y ésta nunca puede ser caballo. Si no me crees, ahí está la del moro Muzaraque, la cual era como una iglesia. ¿Y la del rey Gradaso no era un yeguón desmedido, sobre la cual tenía el moro que subir por escalera?

*Gradasso havea l'alfana la più bella  
E la miglior che mai portasse sella,*

como lo puedes ver en las historias caballerescas. Habla con atildadura, Sancho, ó te doy carta desafortada y te levanto la facultad de usar de la palabra en mi presencia. — Déjeme vuesa merced expresarme á mi sabor, replicó Sancho, y oirá sentencias y cosas que se le graben para siempre en la memoria. Me tienen por asno; pues métanme el dedo en la boca. Aldeana es la gallina y cómela el de Sevilla. — Si á tu sabor te dejara yo hablar, Sancho intrincado, Sancho escabroso, ¿qué fuera de la lengua castellana? Habla jerigonza, habla aljamía, habla germanía; pero confiesa á lo menos que eres gitano, morisco ó galeote: católico viejo habla español rancio. Uno que se está educando para conde y va camino de la monarquía ha de medir la boca en el co-

mer, la lengua en el hablar, y haberse con mucho tiento en sus maneras y discursos. ¿Piensas que la justedad de las ideas no requiere ternura en las expresiones, y que el pensar bien no ha de venir junto con el bien decir en los que aspiran á levantarse sobre el vulgo? Dime otra vez alfaina, y veremos si no revoco la determinación que tengo de elevarte á de donde veas como pollos á tus contemporáneos.» Cide Hamete no quiere acordarse de la réplica de Sancho, y dice tan sólo que los aventureros llegaron á la venta, henchida ya de gente por ser las seis de la tarde, hora en que todo el mundo acude á la posada. Traía D. Quijote desencajado el juicio, revueltos los sesos más que de costumbre; y así la venta del Moro fué para él castillo, por castillo la tuvo, vió el atalaya sobre los adarves, y aun oyó el son de la trompeta con que anunciaban la llegada de un caballero de alta guisa.



## CAPITULO LI

QUE TRATA DE COSAS DEL BACHILLER SANSÓN CARRASCO

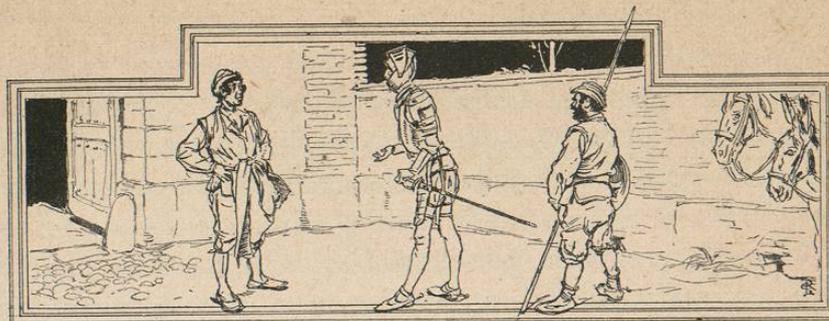
Cuenta la historia que vencido por D. Quijote el bachiller Sansón Carrasco, bajo el nombre de *el Caballero de los Espejos*, se volvió á su lugar con dos costillas hundidas, más que medianamente mohino y azorado. Púsose sin pérdida de tiempo en manos del algebrista, con ánimo de volver en demanda del loco, así por salirse con la suya, como por dar algún desfogue á la venganza de su pecho. Tres días se dejó estar de encierro sin que persona lo entendiese, si no eran su familia y el maestro, á quienes rogó por el secreto, no fuese que su honra viniese en disminución. Dueña debía de haber en la casa, cuando la hora menos pensada cata allí el cura y el barbero, sujetos á quienes no hubiera querido ver si le pagasen; ni era para menos el juramento que por sus barbas y el hábito de San Pedro había hecho de provocar á D. Quijote, vencerle y traerle bajo condiciones tales que en dos años no diese paso de caballería. Una vez sorprendido en el escondite, confesó de plano su infortunio, alegando, para justificarse, que todo había sido por culpa de su caballo. «Mas no les pese de esta ocurrencia á vuestas mercedes: así pienso darme por vencido como renunciar á las órdenes. Yo juro por quien soy, ó no soy nadie, traer amarrado al viejo ó morir en la demanda. — ¿De esa manera, respondió el cura, los huesos de vuesa merced han sacado de la batalla alguna cosa? — ¿Y

cómo si han sacado?, replicó el bachiller; la sumidura de á cuatro dedos que se me encuentra en la costilla, ¿es ó no del bachiller Sansón Carrasco? ¡Miefé, señor compadre, nunca yo pensara que con tal ímpetu y furia acometiera D. Quijote, que de una embestida diera conmigo en el suelo! Si los encantadores no me acorren y amparan en ese duro trance, á la hora esta vuesa merced estuviera haciendo mis exequias. Á nada menos procedía el vencedor que á segarme la gola, cuando me vió supino y sin movimiento. — ¿En qué forma acudieron esos buenos encantadores, señor bachiller?, preguntó maese Nicolás. — En forma de decir á la imaginación de D. Quijote que ellos me habían transmutado de Caballero de los Espejos en bachiller Sansón Carrasco por defraudarle la gloria del triunfo. ¿Y creerán vuestas mercedes que ese bobalicón de Sancho Panza era el empeñado en darme el trampazo, urgiendo á su amo por que me envasase la espada, á efecto de que se viese si verdaderamente era yo el bachiller, ó un enemigo disfrazado con mi pellejo? — ¡Dios le perdone!, exclamó el cura. Así vuesa merced se vió entre la espada y la pared. — No había remedio, contestó el bachiller: ó juraba yo ir á presentarme á la señora Dulcinea y derribarme á sus pies, ó entregaba el alma al diablo. Tengan vuestas mercedes por sin duda que el loco me mata si no prometo cumplir sus órdenes al pie de la letra. — ¿Hace vuesa merced punto de conciencia el cumplirlas?, preguntó maese Nicolás: por lo menos es cierto que el señor bachiller no se quedará con la sumidura que dice. — Si fuera un rasguño de ningún mérito, no me quedara tampoco, respondió el bachiller. Ayúdenme vuestas mercedes con un caballo de más confianza que el mío, porque esta pécora salió plantándose en lo mejor y me expuso á la impetuosidad de D. Quijote. — Tenga vuesa merced presente el no matar á nuestro pobre hidalgo, dijo el cura, y váyase en mi tordillo. — Tanto como quitarle la vida, no, respondió el bachiller; pero será difícil que me desentienda del todo de mis costas. Cuando menos le he de traer á la cola de mi caballo. — Válgase del modo, repuso el cura: nada ganamos con traerle de por fuerza. Todo ha de oler á caba-

llería andante en la expedición, ó nada hemos hecho. — Yo procuraré, replicó el bachiller, dar á mis cosas cierto aire y sabor andantescos; mas sé decir á vuestas mercedes que, si no salgo bien por esta vía, haré mi gusto á sangre y fuego. — ¿No vaya otra vez por lana, señor bachiller?, insinuó maese Nicolás. — Si vuesa merced se queda, respondió Carrasco, no habrá allí quien me trasquile. Por lana voy, lana traeré: el trasquilado será don Quijote, y aun vuesa merced, señor barbero, y con sus propias tijeras, si quiere darme sogá.»

Delicadísimo estaba el bachiller después de su fracaso; y aunque socarrón y maleante él mismo, no aguantaba pulgas de rapistas, y menos en tratándose de valor, por donde hacía agua, como joven y vanaglorioso. Medio se cortó el barbero, y dijo: «Vuesa merced toma mis intenciones en mala parte; ni fué mi ánimo lastimalle, suscitando vergüenza en su pecho con la memoria de su desgracia. Si aquello dije, fué á modo de advertencia saludable: no sería por demás el que vuesa merced se precaviese contra una segunda vencida, que tal vez D. Quijote llevaría por el extremo. — Yo sé lo que me conviene, respondió el bachiller: los efectos dirán si soy hombre de dejarme vencer dos veces por un loco.» Interpuso el cura su autoridad para que la contienda no siguiese adelante, y suavizado el bachiller, fué convenido entre todos que éste saldría en busca de D. Quijote, más bien montado, tan pronto como sus costillas se restaurasen. Al cabo de tres semanas, sintiéndose del todo bueno, acudió á su buen tordillo, y armado de armas ofensivas y defensivas, tomó el camino una madrugada, cierto de dar con D. Quijote antes de mucho, guiado por el ruido de las locuras del caballero andante. Hallábase en la venta del Moro cuando acertaron á caer allí la compañía de histriones y los señores de la vista de ojos. No podían menos en la venta que hablar de las cosas del caballero; por donde el bachiller vino en conocimiento de su próxima aparición. Los mozos, que en ese punto llegaban, dijeron que había montado ya, si bien no llegaría tan pronto, según la moribundez con que venían, tanto el jinete como la cabalgadura. Tuvo tiem-

po el bachiller para concertar con el ventero lo que se debía hacer, empezando por suavizarle con una buena porción de unto de Méjico. El ventero tomó por suya la hacienda, y prometió haberse de tal modo, que el bachiller saliese con su empeño. Retrájose éste á su cuarto, donde sin más ni más se caló unas narices de que venía provisto, ni tan desafortadas como las de Tomé Cecial, ni tan por el estilo regular que viniesen á parecer naturales. Lo cierto es que eran tan bien hechas, y el demonio del bachiller sabía acomodárselas tan bien, que si las tuviera uno en la mano, dudara todavía de su naturaleza. Una peluca, además, y unas barbas muy desemejantes de las suyas propias, y quedó tan otro, que no le conociera el papa, ni todos los cardenales juntos, si para sólo examinarle se reunieran en consistorio secreto. Paramentado de este modo, salió el truhán, y se puso á medir el corredor á largos pasos, á vista y paciencia de los huéspedes. Nadie le reconoció, con ser que mucho le miraron todos; antes se estuvieron admirados de aquel inglés tan desenvuelto, por no decir insolente, que así rompía por medio de ellos, sin tener cuenta con persona.



## CAPITULO LII

DE LA LLEGADA DE D. QUIJOTE AL CASTILLO DEL SEÑOR DE MONTUGTUSA

Entraron por fin D. Quijote y Sancho Panza, á quienes se vino el ventero con demostraciones de grande humildad, diciendo ser el alcaide de la fortaleza. «El señor del castillo me tiene mandado acoger y obsequiar á los caballeros de pro, hasta cuando él en persona sale á recibirlos. — ¿Quién es el castellano, señor alcaide, si sois servido?, preguntó D. Quijote. — El castellano, señor, es el barón de Montugtusa. Su mujer, la bella Sebondoya, habita el castillo con su señor y marido. Vuesa merced se apee, que yo le muestre luego el ala del palacio donde se ha de alojar con su comitiva. — Mi comitiva no pasa de mi escudero, señor alcaide: con una cámara estaré servido, sin que vuesa merced se tome la pensión de desocupar todo un costado del alcázar. No soy de los que se andan á la flor del berro, trayendo consigo mangas de lacayos, provisiones de gusto y enseres de todo linaje. Los andantes nos vamos libres de todo lo que huele á conforto y molicie; nuestro descanso es la fatiga, el hambre nuestra hartura. Soy contento de que el señor del castillo esté presente, junto con la castellana, quien debe de ser una de las más apuestas y principales de estos señoríos. — Tenemos en el castillo, repuso el ventero, á un famoso caballero llamado D. Quijote de la Mancha, cuyo sentir es igual en un todo al de vuesa merced respecto de la bella Sebondoya.